

§. XXX.

El misterio de la Eucaristía choca á algunos discípulos de Jesucristo, los que se hacen apóstatas.

Sin embargo de una explicacion tan clara, no faltaron algunos de los que hasta entonces habian sido discípulos del Salvador, á quienes todavía pareciese demasiado dura esta doctrina y esta verdad: como no comprendian que Jesucristo fuese hijo de Dios, y como no lo miraban sino como un puro hombre, no quisieron jamas creer que pudiese hacer lo que decia.

Por mas zeloso que fuese el Salvador de su salvacion, no quiso modificar en nada su doctrina sobre este misterio, como quien sabia muy bien que nada habia dicho que no fuese verdad: contentóse, pues, con decir, lastimándose de su incredulidad, que no ignoraba habia entre ellos algunos que no creían, porque siempre habia tenido conocimiento, añade san Juan, de los que no creían, y en particular del que le habia de entregar (Hablabá del traidor Júdas que estaba falto de fe, y que se puede mirar como el caudillo y padre de todos los hereges que niegan la presencia real de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía). Por eso añadió Jesus que ninguno podia venir á él si no le era concedida esta gracia por su Padre. La fe es una gracia; pero es una verdad de fe que se puede resistir á la gracia, y esto lo prueba demasiado el exemplo del desventurado Júdas y de los discípulos incrédulos que se retiraron y no siguiéron mas al Salvador. Esta desercion de los discípulos aun despues de la explicacion que Jesucristo les acababa de hacer, es una prueba evidente de que tomaron sus palabras por una promesa que les hacia de darles realmente su cuerpo á comer, y su sangre á beber. Si las cosas no hubiesen debido pasar sino en figura en este misterio, la bondad, y aun la justicia del Salvador pedian, como se ha dicho, que los desengañara; pues su error y su delito no hubiera sido otro sino tomar las palabras de su maestro en el sentido que debian tener; el no hacerlo, era

armarles un lazo en que debia caer todo hombre de juicio, todo hombre de razon; ¡Qué impiedad, creer á Jesucristo capaz de una malicia tan refinada! Este buen Pastor, que corre tras las ovejas que se han descarrido, y las carga sobre sus hombros para volverlas al redil, ¿hubiera podido hacerlas salir del redil él mismo engañándolas voluntariamente?

Esta desercion de muchos de sus discípulos afligió sensiblemente al Salvador divino; mostrólo el Señor bastante, quando encarándose á sus apóstoles, y á los otros discípulos que habian permanecido fieles, les dixo: ¿Por ventura quereis vosotros retiraros tambien? *Numquid et vos vultis abire* (Joan 6.). Entonces Simon Pedro, tomando la palabra por todos, y juzgando de la disposicion interior de los otros por la suya, le dixo: ¿A quién iremos? Vos teneis las palabras de la vida eterna, quiso decir: Vos no enseñais nada, no nos decís nada que no sea verdad, por mas que lo que nos decís parezca admirable, increíble, é incomprendible: vos sois el Todopoderoso, y la misma verdad; y sola vuestra doctrina puede hacer que consigamos la vida eterna, y la eterna salvacion.

Algunos dias despues, yendo Jesus con sus discípulos por los confines de Tiro y de Sidon (*Matth. 15.*); se encontró en el camino con una muger cananea que venia hácia él gritando: Señor, hijo de David, tened misericordia de mí; mi hija es atormentada y maltratada del demonio. Los judíos daban el nombre de cananeos y de fenicios á los de Tiro y Sidon, porque descendian de los antiguos cananeos, y porque estas dos ciudades estaban en la Fenicia. Haciendo Jesus como que no la oía, no la respondió nada; pero ella no cesaba de gritar. Los apóstoles, fatigados de sus clamores, dixéron al Señor: Maestro, despachad á esta muger, que clama sin cesar detras de nosotros, y nos importuna. Respondióles el Salvador: Yo no soy enviado sino á las ovejas descarriadas de la casa de Israel que se han perdido; y siendo pagana esa muger, no pertenece á mi rebaño. La muger, sin acobardarse por esto, se adelanta, y postrándose á los pies de Jesucristo, le dice: Señor, tened misericordia de mí. Respondióla Jesus en un tono un poco seco: No es razon co-

ger el pan de los hijos, y echarle á los perros. Es verdad, Señor, replicó la muger; pero á lo menos no se les niega á los perros las migajas que caen de la mesa de sus amos. Embelesado entonces el Salvador de la fe y perseverancia de esta muger extranjería, la dixo: Mugger, grande es tu fe, hágase contigo conforme deseas; y en aquel mismo instante quedó su hija libre del demonio que la atormentaba.

Como toda la vida de Jesucristo no era sino una série continuada de milagros, no se veían en los caminos por donde pasaba sino tullidos, ciegos, sordos y otros enfermos, y todos sanaban repentinamente; porque salía de él, dice san Lúcas, una virtud que los curaba á todos (*Luc. 6.*). Dió de comer otra vez milagrosamente con siete panecillos y algunos peces pequeños á mas de cuatro mil personas que le seguían tres días habia; y llegando á Betsáida, dió vista á un ciego, poniéndole los dedos sobre los ojos. Los fariseos y los saduceos, que no buscaban sino como armarle lazos, le pidieron que hiciese delante de ellos algun nuevo prodigio en el ayre; pero el Salvador, despues de haberles echado en cara su incredulidad y su hipocresía, dando un profundo suspiro, repitió lo que ya en otro tiempo habia respondido á otros que le hicieron semejante pregunta; díxoles: Esta nacion perversa é infiel pide un prodigio, y no habrá para élla otro prodigio sino el del profeta Jonás; es decir, aquel de que el profeta Jonás fue figura; pues el haberse tragado la ballena al Profeta, y haberle vomitado de su vientre despues de haber estado tres días en él, significaban la muerte de Jesucristo, el tiempo que su cuerpo habia de estar en el sepulcrao, y el milagro de su gloriosa resurreccion.

§. XXXI.

Confiesa san Pedro que Jesucristo es el Hijo de Dios, y el Señor le hace cabeza visible de la Iglesia

Habiendo ido el Salvador á los contornos de Cesarea de Filipo, ciudad situada hácia el nacimiento del Jordan,

un día caminando, preguntó á sus apóstoles; ¿qué se pensaba de él en la Judea despues de tantos milagros como habia hecho? (*Matth. 6.*) Los apóstoles le respondiéron, que unos creían que era Juan Bautista que habia resucitado, que otros decían que era Elías, otros Jeremías, ó alguno de los profetas. ¿Y vosotros, les dixo Jesus, quién decis que soy? Entonces Pedro, tomando la palabra, respondió: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo. Díxole Jesus: Eres bienaventurado, Simon, hijo de Jona, porque esto no te lo ha revelado la carne, ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra élla. Yo te daré las llaves del reyno de los cielos; y todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado tambien en el cielo; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en el cielo. Despues de esto, prohibió el Señor á sus discípulos el que dixeran á nadie que él era Jesucristo; sin duda, porque esta opinion no fuese un obstáculo á su pasion y á la muerte que habia resuelto padecer por la salvacion de los hombres.

Desde entónces empezó á decir á sus discípulos con términos los mas expresos, que habia de padecer mucho en Jerusalem de parte de los ancianos, de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes: que sería entregado á la muerte; pero que resucitaria al tercero día. Sobre lo cual habiéndole cogido aparte Pedro, le dixo con la ingenuidad y fervor que acostumbraba: Señor, no quiera Dios que seais tratado jamás tan indignamente: no quiera Dios que tal os suceda. Volvió Jesus hácia él, y le dixo: Retírate de mí, que hablas como ministro de Satanás, y me eres un motivo de escándalo: ¿por qué no quieres que cumpla yo la obra de la redencion de los hombres, para lo cual me ha enviado mi Padre?

En esta ocasion, y con este motivo, dixo Jesus, no solo á sus discípulos, sino á todos los que quisiesen seguirle: que quien quiera seguir sus pisadas, debia renunciarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirle; porque el que quisiese salvar su vida, esto es, buscar sus placeres y sus comodidades, la perderá; y quien la hubiere perdido por mí, por medio de la mortificacion y del martirio, la volverá á en-

trar. Y así, ¿qué le sirve al hombre, añadió, ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿y qué dará en trueque por sí mismo? Si alguno quiere ser mi discípulo, renúnciese á sí mismo, lleve su cruz todos los días, y sígame: por las humillaciones y trabajos quiero salvar al mundo; y el que no fuere por este camino, no puede seguirme. Finalmente, añadió, el que se avergonzare de mí y de mi evangelio, me avergonzaré yo de él cuando viniere en el resplandor de mi gloria. Levantando despues la voz, exclamó: En verdad os digo, que algunos de los que están presentes aquí, no morirán hasta que vean lleno de magestad, rodeado de luz, y revestido de resplandores de gloria al que ahora veis tan humilde y tan semejante á los demas hombres; y por decirlo así, al que ahora veis en la obscuridad y en el abatimiento (*Matth. 16*). Sin duda hablaba el Señor de su gloriosa resurreccion, ó quizá su transfiguracion, de la que fueron testigos Pedro, Juan y Diego.

§. XXXII.

La transfiguracion de Jesucristo.

En efecto, seis dias despues tomó Jesucristo consigo sus tres amados discípulos, y los llevó á un monte alto, que se cree ser el Tabor, en la Galilea, inmediato al gran llano de Esdrelon y del torrente Gison, á dos leguas cortas de Nazaret hácia el Oriente (*Ibi. 17.*): el monte Tabor es muy alto, y aunque la cima parece terminar en punta, sin embargo, en lo alto hay una llanura de cerca de media legua, en la cual la emperatriz santa Elena hizo edificar despues una magnífica iglesia, con tres capillas pequeñas para representar los tres tabernáculos que san Pedro deseó se edificáran. Habiendo, pues, llevado el Salvador sus tres apóstoles á la cima de dicho monte, se puso en oracion, y de repente se transfiguró á vista de ellos: su cara quedó tan resplandeciente como el sol, y sus vestidos se pusieron tan blancos como la nieve. Al mismo tiempo parecieron á sus lados Moyses y Elías hablando con él de la muerte, que dentro de poco habia de padecer en Jerusalem. Viendo los tres discípulos la gloria que rodeaba

á su divino Maestro, quedáron deslumbrados. Pedro entonces, transportado de gozo, y como fuera de sí, exclamó: ¡Ah Señor, qué bueno es para nosotros estar aquí! Hagamos aquí tres tiendas, una para vos, ótra para Moyses, y ótra para Elías. Estando todavía hablando, una nube luminosa los envolvió, y de repente salió de la nube una voz que decia: *Este es mi hijo querido en quien tengo todas mis complacencias; oídle* (*Luc. 9.*). A estas palabras, sobrecogidos los discípulos de un santo terror, se postráron con el rostro hácia la tierra; pero á poco tiempo, habiéndose disipado todo aquel resplandor, y habiendo desaparecido Moyses y Elías, se acercó á ellos Jesus, les alentó, y les dixo: Levantáos. Entonces levantando ellos los ojos, no viéron á nadie sino á Jesus, el cual les prohibió el que dixesen lo que habian visto hasta despues de su resurreccion: tanto cuidado tenia el Señor de alejar y prevenir todo lo que hubiera podido retardar su pasion, ó servirle de obstáculo para padecer.

Transfiguróse el Salvador, dicen los PP.; primero, para cumplir la promesa que habia hecho á sus discípulos de hacerles ver un bosquejo del resplandor de su gloria y de su magestad, y para afirmarles en la creencia en que estaban de que era el Mesías. Segundo, para fortalecerles contra el escándalo de su pasion y de su muerte. Como Moyses representa la ley y Elías á los profetas, quiso el Hijo de Dios que estos dos personajes pareciesen en su transfiguracion para mostrar á sus apóstoles que la ley y los profetas le daban testimonio, y se terminaban en su persona.

Miéntas que el Salvador estaba en la cima del monte, muchas gentes se habian juntado en el llano, en donde le estaban esperando. Lo mismo fue dexarse ver, que postrarse á sus pies un hombre, y suplicarle le sanase un hijo único, que estaba lunático, ó epiléptico, y poseido de un demonio furioso que era sordo y mudo; le he presentado á tus discípulos, añadió, y no le han podido curar. Echó Jesus en cara á sus discípulos su poca fe, y pidió al que deseaba el milagro que tuviese mucha fe, y despues le dixo: Si puedes creer, todo es posible al que cree. El padre del niño exclamó al punto con las lágrimas en los ojos: Creo, Señor, aumenta y fortifica mi poca fe. Al oír

esto Jesus, amenazó al demonio, y le dixo: *Espíritu sordo y mudo, sal del cuerpo de este joven, y no entres mas en él. Yo te lo mando (Matth. 9.)*. A estas palabras salió de él el demonio, dando grandes gritos, y agitándole con tanta violencia, que le dexó medio muerto; pero cogiéndole Jesus de la mano, le entregó sano y bueno á su padre. Los discípulos que ántes de la llegada del Salvador habian exorcizado al endemoniado, pero inútilmente, le preguntaron aparte, ¿por qué ellos no habian podido expeler aquel demonio? Por vuestra poca fe, les respondió el Señor: No teneis todavía sino una fe débil y bacilante; y estas suertes de milagros piden una fe viva, y una confianza perfecta, y además de esta fe, mucha devocion y mortificación: en verdad os digo, añadió el Salvador, si vuestra fe fuese solamente como un grano de mostaza, esto es, si fuera una fe pura y muy viva, pues se debe tomar la comparacion, no de la pequeñez del grano de mostaza, sino de la fuerza y virtud de este grano, el cual aunque abulta poco, sin embargo, llega á hacerse un árbol: si vuestra fe, pues, dice el Salvador, igualara solamente á un grano de mostaza, con solo que dixerais á este monte (hablaba del Tabor), pasa de aquí allá, pasaria al instante, y nada os sería imposible.

§. XXXIII.

Jesucristo predice su muerte á sus discípulos, y les da una importante leccion de humildad.

Entretanto preparaba el Salvador á sus discípulos para el escándalo que habia de causarles su muerte, cuyo tiempo se acercaba; y aprovechándose de todas las ocasiones que se presentaban de prevenirles todo lo que habia de padecer, les hacia de todo esto las mas vivas pinturas (*Marc. 9.*). El Hijo del hombre, les decía, será entregado en manos de los hombres: quitaránle la vida, y despues de haberle muerto, resucitará al tercero dia; pero los discípulos, añádele el Evangelista, no comprendian lo que les decía, tomando, sin duda, esta prediccion en un sentido figurado, y por una metáfora, porque no podian imaginarse que

pudiese jamás suceder realmente lo que Jesucristo les decía de su pasion, de su ignominiosa muerte y de su resurreccion: tampoco se atrevian á preguntarle, quizá temiendo les dixese demasiado, y mas de lo que quisieran, para hacerles creer una cosa que les habia de afligir mucho, y de que el solo pensamiento les asustaba.

Habiendo llegado á Cafarnaun, les preguntó á sus discípulos, ¿qué era de lo que hablaban en el camino? Ninguno se atrevió á responderle; porque habian disputado sobre quién de ellos era mayor; esto es, quién ocuparia el primer puesto en el reyno del Mesías; en lo que se ve cuán imbuidos estaban de las ideas terrenas de los judíos, los cuales creían que el reyno del Mesías sobre la tierra sería un reyno de abundancia, de magnificencia y de esplendor; pero el Salvador quiso con su bondad y su mansedumbre ordinaria corregir sus falsas ideas; para lo cual les dixo: Si alguno quiere ser el primero en mi reyno, sea el postrero de todos y el criado de todos (*Marc. 9.*): el mayor título de grandeza para conmigo es la mas profunda humildad: el que es mas humilde, éste será mayor. Y cogiendo luego á un niño pequeuelo, le puso en medio de ellos; y despues de haberle abrazado, en señal de la ternura con que miraba á las almas humildes, les dixo: Si no mudais de opinion, es decir, si no teneis sentimientos baxos y humildes de vosotros mismos muy diferentes de los que habeis tenido hasta aquí, y si no os haceis como niños, no entraréis en el reyno de los cielos: cualquiera, pues, que se hiciere pequeño como este niño, éste será el mayor en el reyno de los cielos (*Matth. 18.*).

Yendo despues Jesucristo á Jerusalem á la fiesta de Pentecostes, que era muy célebre entre los judíos, y se llamaba así, porque era el dia cincuenta despues de la pascua (en memoria de que el dia cincuenta despues de la salida de Egipto se les dió la ley en el monte Sinai), los samaritanos, por cuyo pais pasaba el Salvador con sus discípulos, le negaron la entrada en una de sus ciudades: irritados de este atentado Juan y Jacobo hijos del Zebedeo, rogaron á Jesucristo les permitiera hacer baxar fuego del cielo sobre aquella ciudad, como en otro tiempo lo habia hecho Elías en igual caso; pero el Salvador les reprendió que era su zelo demasiado amargo, diciéndoles, que

la mansedumbre **debía** ser compañera inseparable del zelo.

§. XXXIV.

Enseña Jesucristo á sus discípulos por medio de muchas parábolas.

Jesucristo no **cesaba** de instruir á sus discípulos en secreto, y al pueblo **en público**, explicándoles de un modo acomodado y familiar los misterios de la religion, y los principales puntos **de su moral**, ya por medio de exposiciones simples y naturales de sus grandes verdades, ya por comparaciones familiares y proporcionadas á la capacidad de cada uno; y lo **mas comun** era por medio de las parábolas. Queriendo, pues, darles á entender que es necesario estar siempre **prevenidos** contra las sorpresas de la muerte, que es necesario **velar** siempre, estar siempre alerta; en fin, que es necesario estar siempre prontos á ir á presentarse delante de **Dios**, porque la hora de la muerte es incierta; les propuso **la parábola** del criado vigilante que está siempre pronto á abrir la puerta á su amo á cualquiera hora que venga, **la del padre** de familias que está siempre alerta contra los **artificios** y sorpresas de los ladrones, y de las diez vírgenes, de las que las cinco, demasiado descuidadas en hacer **la provision** de aceyte para sus lámparas antes de la **llegada** del esposo, son arrojadas por no haber sido **mas diligentes**, mientras que las otras cinco **mas prudentes**, habiendo hecho con tiempo su provision, se encuentran en estado de recibir al esposo á cualquiera hora que **venga**.

Queriendo **el Señor** hacerles conocer como una vida pobre, humilde **y laboriosa** es preferible á una vida deliciosa, regalona **y llena** de prosperidades, les propuso el exemplo de **Lázaro** y del rico gloton. Queriendo asimismo confundir á **los** que presumen tanto de sí mismos, como si fueran **unos santos**, les representa dos hombres que suben á un mismo tiempo al templo á orar, el uno fariseo, y el otro publicano: aquél estándose en pie con arrogancia, en lugar de **suplicar** á Dios humildemente, le hace ostentacion de sus **pretendidas buenas obras**, hace alarde de

éllas, y aun tiene una compasion insultante del pobre publicano, á quien tiene por indigno de comparecer delante de Dios, y le mira como muchos codos debaxo de él; al paso que el publicano, teniéndose por el mayor pecador, se da golpes de pechos; y no atreviéndose ni aun á levantar los ojos al cielo, se contenta con decir: Dios mio, apiadáos de un pecador tan grande como yo. De este modo el publicano, que al entrar en el templo era quizá mayor pecador que el fariseo, sale justificado; mientras que el fariseo, que habia entrado tal vez mas inocente que el publicano, sale mas criminal y mas culpable (*Luc. 18*).

La parábola del criado que debe diez mil talentos, y no teniendo con que pagar, encuentra un amo que por compasion le perdona gratuitamente la deuda, mientras que este mal criado trata con la mayor crueldad á uno de los que servian al mismo amo, el cual no le debía sino cien denarios de plata (*Matth. 18*). Esta parábola, digo, condena visiblemente la dureza con que tratan algunos á sus hermanos, al paso que piden que los otros usen de toda indulgencia con ellos; y para hacer ver que se puede con el fervor merecer tanto con Dios en poco tiempo, como los que se han hecho viejos en su servicio, les propuso la parábola de los trabajadores que habiendo ido al trabajo á la última hora, recibieron la misma paga que los que habian trabajado desde el amanecer (*Matth. 20*). La parábola de los talentos con que habian negociado, y que habian multiplicado los dos criados fieles é industriosos, y que el tercero tímido y haragan le habia enterrado, manifestaba bastantemente cuánto importa no hacer inútiles los talentos que Dios nos ha dado, y las gracias y favores que nos ha hecho por su pura misericordia (*Ibi. 25*): finalmente, la de la higuera que se quiere cortar porque no lleva fruto, es una figura harto sensible de una vida estéril en buenas obras, y hace ver bastantemente lo que debemos esperar cuando solo llevamos hojas sin frutos.

Peró como estaba ya cerca el tiempo de su pasion, tenia el Salvador un gran cuidado de hacerles, por medio de parábolas, **la pintura** del enorme delito que cometerian los que con la horrible impiedad le preparaban el mas ignominioso y cruel de todos los suplicios, el cual debia atraer tambien sobre toda la nacion la mas horrible vea-

ganza de Dios (*Ibid.* 21.). Un padre de familias, les dixo, arrendó su viña á ciertos labradores: llegado el tiempo de recoger los frutos, envió sus criados á los renteros para que recogieran los frutos de su viña; pero éstos, apoderándose de los criados, al uno le diéron de golpes, al otro le matáron, y á los demas les ahuyentáron á pedradas. Envió todavía otros en mayor número que los primeros, los que no fuéron mas bien tratados: visto esto, les envió su propio hijo, diciendo: Quizá tendrán respeto á mi hijo único; pero al verle los renteros, dixeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos quedarémos con la viña; prendiéndole, le echáron fuera de la viña, y allí le mataron. Cuando venga el señor de la viña, preguntó Jesus á los judíos; ¿qué hará con tales renteros? Respondiéronle: Les hará perecer miserablemente, y arrendará su viña á otros renteros que le paguen los frutos á sus tiempos. Los fariseos, que estaban presentes, conocieron demasiado que esta parábola hablaba con toda la nacion: comprendiéron asimismo que los gefes del pueblo, los escribas, los fariseos, y los sacerdotes eran estos malos renteros, á quienes el Señor habia confiado el cuidado de su viña: que los criados que el padre de familias habia enviado en diferentes tiempos, eran los profetas, á muchos de los cuales les habian dado la muerte; y que el hijo del padre de familias era el mismo Jesus, á quien habian jurado perder. Lejos de aprovecharse los judíos de esta leccion alegórica buscaron cómo echarle la mano; pero temiéron al pueblo, el cual le miraba por lo ménos como el mayor de los profetas. Nada omitiéron desde entonces para ver cómo le podian poner mal con el pueblo ó con el gobierno: por todas partes y de todos modos le armaban lazos; preguntáronle en cierta ocasion si era lícito pagar el tributo al César. Viendo Jesus su malignidad, les dixo: Hipócritas, ¿por qué me quereis sorprender por medio de una pregunta tan capciosa? Mostradme una pieza de moneda y habiéndosela mostrado, les preguntó Jesus, de quién era la figura, y el nombre que estaba escrito alrededor de la figura; Del César, le respondiéron. Díxoles entonces Jesus: Dad, pues, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; y así cumpliréis con las leyes de la justicia, y con lo que debéis á entrambos (*Matth.* 22.).

§. XXXV.

Mansedumbre de Jesucristo con la muger adúltera, y malicia de los judíos para hacerle odioso.

Habiendo echado en falso este lazo, le armáron otro. Como su designio era hacerle odioso, y convencerle de ambicion, quisiéron llevarle maliciosamente á hacer un acto de autoridad, que hubiera ofendido á todo el sanhedrin ó gran consejo de los judíos, y á Jesucristo le hubiera hecho en su opinion un reo de estado, lo que no hubiera dexado de atraerle la indignacion del pueblo (*Joan.* 8.). Estando Jesus un dia en el átrio del templo, los escribas, de concierto con los fariseos, le lleváron una muger adúltera que habia sido cogida en adulterio; y habiéndola puesto en medio del congreso, dixéron al Salvador: Maestro, se acaba de coger esta muger en adulterio: Moyses, como tú sabes, nos mandó en la ley que la apedreásemos: ¿qué dices tú sobre esto? Hacíanle esta pregunta, tratándole para poderle acusar, añade el Evangelista; pero Jesus en lugar de responder, inclinóse, y se puso á escribir con el dedo en la tierra. Se cree que lo que el Salvador escribia sobre el polvo, insinuaba á los acusadores de la muger adúltera alguna cosa que debia hacerlos avergonzar, y en que ellos mismos se hallaban reos. Perseverando los escribas y fariseos en su pregunta, enderezóse Jesus, y les dixo: El que de vosotros esté sin pecado, tírela el primero la piedra; é inclinándose otra vez, continuó en escribir en la tierra. Guardáronse muy bien los acusadores de replicar: sin duda quedáron tan corridos y avergonzados al ver lo que Jesus escribia, y confundidos por los remordimientos de su propia conciencia, que se saliéron todos sin decir palabra uno despues de otro, empezando por los mas ancianos; de suerte, que no quedáron sino Jesus y la muger que estaba en medio de la gente. Levantándose entonces Jesus, la dixo: Muguer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió élla. Entonces el Salvador, conociendo